



LAURA  
KINSALE

—  
CORAZON  
EN SOMBRAS



Cuando el duque de Lancaster, tío del joven rey Ricardo de Inglaterra, sabe de la presencia de Elena de Monteverde en Windsor, pone en marcha un plan que cambia la vida de Elena para siempre. El duque ha visto en ella el instrumento perfecto para incrementar la influencia del rey Ricardo en Italia y decide que, como legítima princesa, sea enviada allí para casarse con Franco Pietro Riata. Sin embargo, durante el viaje, el Cuervo, un sanguinario pirata temido en todo el Mediterráneo, se cruza en su camino, intercepta su barco y la secuestra.

Tras el terror inicial, Elena cae en la cuenta de que tal vez sus deseos y los del bucanero coincidan: ella no quiere casarse con Riata, y el Cuervo, apodo tras el que se esconde Allegretto Navona (hijo bastardo de Gian Navona, miembro de una de las familias en disputa por el gobierno de Monteverde), solo desea arrebatarse el poder a su rival y humillarlo.

---

**LAURA KINSALE**

*Corazón en sombras*

*Corazones medievales N°2*

*Plaza & Janés*

## Sinopsis

Cuando el duque de Lancaster, tío del joven rey Ricardo de Inglaterra, sabe de la presencia de Elena de Monteverde en Windsor, pone en marcha un plan que cambia la vida de Elena para siempre. El duque ha visto en ella el instrumento perfecto para incrementar la influencia del rey Ricardo en Italia y decide que, como legítima princesa, sea enviada allí para casarse con Franco Pietro Riata. Sin embargo, durante el viaje, el Cuervo, un sanguinario pirata temido en todo el Mediterráneo, se cruza en su camino, intercepta su barco y la secuestra.

Tras el terror inicial, Elena cae en la cuenta de que tal vez sus deseos y los del bucanero coincidan: ella no quiere casarse con Riata, y el Cuervo, apodado tras el que se esconde Allegretto Navona (hijo bastardo de Gian Navona, miembro de una de las familias en disputa por el gobierno de Monteverde), solo desea arrebatarse el poder a su rival y humillarlo.

Autor: Kinsale, Laura  
©2014, Plaza & Janés  
ISBN: 9788401343476

# CORAZÓN EN SOMBRAS

Traducción de

Sheila Espinosa Arribas



*Para Sage, Keeper y Folly:*

*perros, musas y un motivo por el que sonreír*

1

*Bosque de Savernake,*

*en el quinto año de reinado del rey Ricardo II*

Todas las gallinas murieron el primer lunes después de Epifanía.

Elayne sabía que no debería haber utilizado una pluma de gallo en lugar de una de abubilla mágica, pero en el bosque de Savernake no había abubillas. Es más, ni siquiera sabía qué aspecto tenía una abubilla; el único sitio en el que había visto el nombre de aquella criatura era en el manual de pócimas que utilizaba para sus sortilegios.

Era imposible que su simulacro de conjuro de amor hubiese provocado la muerte de todos los gallos y las gallinas de Savernake. Aun así, Cara sospecharía de ella. Cara siempre sospechaba de ella. Era poco probable que su hermana mayor obviase la repentina defunción de todas las aves de la aldea. En un sitio más grande como Londres, quizá, o en París, la pérdida de unas cuantas docenas de aves apenas habría llamado la atención. Pero no en una villa menor como Savernake.

Se arrebujó bajo el manto mientras se alejaba de la aldea a toda prisa, atravesando la tierra congelada de los campos. Podía sentir el roce de la figurita de cera y la pluma negra que llevaba ocultas bajo la camisola y que se le clavaban en la piel como un dedo acusador. Si se había aventurado a sustituir la pluma de abubilla mágica por una de gallo era porque en otra receta del libro se mencionaba la pluma del ala de un gallo negro. Lo cierto es que había sido un experimento estúpido. Aquel otro conjuro tenía como objetivo conseguir que a un hombre le creciera la barba. Quizá dicho propósito no casaba con los ingredientes necesarios para despertar el afecto de un varón, y por ello el conjuro había tenido como consecuencia la muerte de todas las gallinas en diez leguas a la redonda.

Por lo menos confiaba en que a Raymond de Clare, en cuya imagen se inspiraba la figurilla de cera, no le creciera la barba de repente.

Cuando se acercaba al molino abandonado, una pequeña manada de ciervos asomó la cabeza por encima de unos matorrales salpicados de escarcha. De pronto, Raymond apareció tras la enorme rueda del molino y los animales se alejaron entre saltos y carreras. El caballero le ofreció sus manos enguantadas, pero Elayne apartó la mirada, abrumada por una repentina timidez. En su opinión, aquel era el hombre más apuesto de toda la cristiandad, pero estaba tan nerviosa y se sentía tan culpable que no osaba mirarlo a los ojos.

—¿No hay bienvenida para mí? —preguntó él con una nota divertida en la voz.

—Sí —respondió Elayne, y la afirmación salió de su boca como un grito ahogado, apenas audible. Se obligó a levantar la mirada, fingiendo sofisticación y experiencia con una leve elevación de la barbilla, y luego esbozó una discreta reverencia—. *Belaccoil!* Saludos, sir caballero.

—Ah, así que ahora nos ponemos ceremoniosos —dijo él con una sonrisa, y se inclinó en una reverencia más propia de la corte del rey.

No es que Elayne hubiera estado allí alguna vez; de hecho, ni siquiera se había acercado a menos de una semana de viaje a caballo, pero estaba convencida de que el amplio movimiento de Raymond, mostrando las mangas de su jubón a rayas rojas y negras bajo una hermosa capa escarlata, solo podía tener cabida en una esfera tan distinguida como la corte.

Cuando se incorporó, Elayne evitó mirarle a los ojos. Sentía que si no podía tocarle la cara, si no podía acariciarle la mejilla o sujetar un mechón de su abundante cabello castaño entre los dedos, moriría de amor no correspondido antes del alba. Apoyó un pie en el borde del canal que alimentaba de agua al molino e, ignorando la mano que él le ofrecía, saltó el cauce congelado y pasó a su lado. Él se dio la vuelta y caminó junto a ella rozándole el hombro. Elayne se apartó, aceleró el paso y desplazó con la mano una rama que colgaba sobre la puerta del viejo molino.

Raymond se echó a reír y le acarició la mejilla.

—Me estáis evitando, gatita.

Ella lo miró de soslayo, los ojos clavados en su mandíbula con disimulo. Iba perfectamente afeitado, sin el menor rastro de barba. Aliviada, le dijo alegremente:

—Lo hago por vuestro bien. ¡Sir, no querréis que os vean rondando a una joven inculta como yo!

Él la sujetó por el hombro y la obligó a darse la vuelta. Por un instante, la miró fijamente a los ojos; podía sentir sus dedos a través de la gruesa lana gris del vestido.

—¿Y por qué no habría de quererlo? —le preguntó dulcemente—. ¿Qué clase de hombre se encuentra un diamante como vos a sus pies y no se detiene a recogerlo?

Apoyó la mano suavemente sobre la suya y la empujó hasta que ella sintió que las piedras de la pared se le clavaban en la espalda. No podía apartar los ojos de su boca, como si la hechizada fuese ella. Miró a un lado, temerosa de que alguien los sorprendiera. Los matorrales, desnudos de hojas, proyectaban sombras sobre la entrada, pero por lo demás el viejo molino estaba desierto y en su interior reinaba un silencio absoluto. Apoyó las manos en el pecho del caballero como si intentara apartarlo, aunque en realidad estaba deseando que la besara para poder averiguar al fin, tras varias semanas jugando a aquel juego tan peligroso, qué se sentía. Tenía

diecisiete años y nunca había estado enamorada. Tampoco sabía qué era un cortejo; hasta entonces, ignoraba que pudiera existir un hombre como Raymond, capaz de robarle el sueño y acabar con cualquier atisbo de cautela.

—Solo soy una mujer más, como el resto —susurró. El corazón le latía desbocado bajo la mano de él—. Puede que menos tímida que la mayoría.

—Vos, amada mía, sois una mujer extraordinaria.

Inclinó la cabeza hacia ella y Elayne cogió aire a toda prisa. Un segundo después, sintió el contacto con sus labios, cálidos y suaves a pesar del frío invernal, mucho más suaves de lo que había imaginado. Sabían a aguamiel, quizá demasiado fuerte para su gusto. Raymond introdujo la lengua en su boca y respiró con fuerza dentro de ella. Confundida y abrumada por una repentina sensación de asco, Elayne lo apartó de un empujón con tanta vehemencia que él tuvo que apoyar una mano en la pared para no perder el equilibrio.

La miró fijamente y arqueó las cejas.

—¿Acaso no soy de vuestro agrado, milady?

—¡Por supuesto que lo sois! —se apresuró a responder dándole una palmadita en el brazo. Se avergonzaba de sí misma por ser tan cobarde—. Es que... si alguien nos viera... ¡Oh, Raymond! —exclamó mordiéndose el labio—. ¡Me vuelvo tan tímida cuando estoy con vos!

La rigidez desapareció del rostro del caballero, algo que Elayne agradeció con cierta sensación de alivio. Raymond de Clare no solía tomarse las afrentas a la ligera, ni siquiera las más insignificantes, y sin embargo a ella le sonreía mientras apartaba la capucha de lana de su cara y aprovechaba el movimiento para acariciarle ligeramente el lóbulo de la oreja.

—No permitiré que nadie nos descubra.

—Vayamos al salón del castillo. Podemos ir juntos y, una vez allí, hablar.

—Rodeados de gente por doquier —replicó él, cortante—. Y, de todos modos, ¿de qué queréis hablar, milady?

—¿Es que acaso no es obvio? ¡Debéis componer una oda loando la belleza de mi cabello y de mis ojos! Yo os ayudaré.

Él se rió a carcajadas.

—Pues claro. —Le sonrió con un gesto extraño en el rostro, como si su mente estuviera lejos de allí, a pesar de que en ningún momento apartó los ojos de sus labios—. ¿No me creéis capaz de hacerlo solo?

—Estoy convencida de que, en estos menesteres, el fino oído de una dama podría seros de gran ayuda.

—Vos siempre con vuestros escritos y vuestras lecturas. Ya que estáis, también podríais componer mi propuesta de matrimonio.

—Por supuesto, si necesitáis de mi ayuda —replicó Elayne alegremente—. Decidme quién es la elegida y yo la observaré con detenimiento hasta que encuentre las palabras más persuasivas que os ayuden a ganaros su corazón.

—Ah, en ese caso decidme qué palabras os persuadirían a vos, gatita.

—¡Oh, pero si yo nunca me casaré! —declaró Elayne, pero enseguida sintió que sus labios la delataban y, para esconder aquella sonrisa traicionera, lo miró de soslayo e inclinó la cabeza para que la capucha le cayera sobre la mejilla.

—¿Y qué haréis? —preguntó Raymond conteniendo una carcajada—. ¿Os

marchitaréis hasta convertirnos en una vieja bruja, rodeada de libros y removiendo eternamente un caldero repleto de inútiles hechizos?

—¡Inútiles! —exclamó ella—. ¡Creedme cuando os digo que los encantamientos de los que habláis con tanta ligereza no son tan inofensivos como creéis!

Él asintió, repentinamente serio para que entendiera que solo bromeaba.

—Como queráis —continuó Elayne, y se encogió de hombros—. Podéis creerme o no, la decisión es vuestra. De todos modos, si algún día contraigo matrimonio, no veo por qué debería interrumpir mi educación.

Raymond negó con la cabeza, sonriendo.

—Mejor hablemos en serio, aunque sé cuánto os molesta hacerlo.

Elayne se puso recta.

—¡Raymond, os aseguro que no intento provocaros con mis palabras! Desposada o soltera, perseveraré en mis estudios, como lady Melanthe.

—No creo que sea el mejor ejemplo a seguir... —Raymond guardó silencio al ver que ella se apresuraba a mirarlo fijamente y luego añadió—: Vuestra madrina, que Dios la bendiga, es una mujer admirable, pero también es condesa de Bowland —prosiguió—. Sus modales y su educación poco tienen que ver con los de la esposa de un caballero raso.

—¡En ese caso, no me casaré con un caballero raso! —exclamó Elayne—. Quizá algún rey extranjero esté buscando una reina con la que compartir el peso de la corona.

—Qué triste sería que se fijara en vos, querida, teniendo en cuenta que hace apenas un momento estabais proclamando vuestra intención de no contraer matrimonio.

—No... —Elayne le dedicó una mueca como premio por haberla arrinconado—. Me haré monja.

—¿Vos? ¿Célibe? —Se quitó los guantes y, mientras le acariciaba los labios con el suave cuero que los cubría, apoyó el codo en el marco de la puerta—. Soy incapaz de imaginarlo. Ni ahora ni mientras viva.

A Elayne tanta certeza se le antojó un tanto ofensiva.

—¿De veras? —replicó tratando de mantener una expresión solemne en el rostro—. Sabed que preferiría postrarme ante Dios antes que someterme a la autoridad de un hombre.

—Mmm... —Raymond deslizó un dedo por la boca de Elayne—. No creo que la iglesia os permitiera seguir con vuestros hechizos, al menos no más que un esposo —dijo.

Elayne respiraba con fuerza y su aliento dibujaba volutas heladas entre ambos.

—¿Y qué haría ese hipotético esposo para impedírmelo?

—Querida mía, ¿acaso me creéis capaz de pegaros? No, os mantendría caliente y feliz, demasiado ocupada para perder el tiempo rodeada de libros.

Elayne sintió que estaba a punto de convertirse en vapor y salir volando, pero tras la excitación se escondía una nota de terror. No le tenía miedo, oh, no... Y, sin embargo, estaba histérica.

—¡Podéis decir lo que queráis! —exclamó con una risa nerviosa—. ¡No me casaré! No tengo intención de aceptar las órdenes de un mortal. Prefiero tener visiones y ser yo quien ordene al Papa qué decisiones tomar en su pontificado.

—Gatita —murmuró Raymond—, ¿que no aceptaréis órdenes de vuestro esposo? ¿Qué clase de broma es esa?



—Otro de mis caprichos paganos. —Le enseñó la lengua y se escapó de entre sus brazos, no sin antes cogerle de la mano—. Venid al salón conmigo y os lo contaré todo.

Pero él no se dejó convencer.

—No. Vuestra hermana estará allí, atravesándome con la mirada. —La atrajo hacia él y, posando las manos alrededor de su cintura, las deslizó lentamente hacia arriba—. Tengo una idea mejor, Elayne.

Echó a andar, obligándola a retroceder hasta sumergirla en la oscuridad que reinaba en el interior del molino. Ella disimuló su confusión tras una risa nerviosa y permitió que la empujara paso a paso hacia el corazón de aquella estancia abandonada, en cuyo suelo aún había volcados varios cestos de mimbre y los restos podridos de alguna barrica.

El segundo guante aterrizó en el suelo con un sonido seco. Elayne sintió que le levantaba la falda e intentó apartarse, pero él la mantuvo confinada en el espacio que delimitaban sus piernas mientras la obligaba a retroceder hacia una esquina. De pronto, su boca se abalanzó sobre la de ella y sus manos desnudas desaparecieron bajo la camisola.

Aquello era demasiado peligroso. Elayne solo quería que la amara, que deseara casarse con ella. Intentó protestar, pero él se mostró imperturbable ante sus súplicas, mientras con los dedos se afanaba en desabrocharle la saya. Cuando por fin lo consiguió, tiró de la falda hacia arriba y le dejó las piernas completamente expuestas al frío que reinaba en el interior del molino.

—Raymond —protestó ella mientras él le acariciaba la piel.

Él colocó las palmas de las manos bajo sus pechos.

—Os deseo —le susurró al oído con voz ronca—. Me habéis hechizado hasta volverme loco de deseo por vos!

—Os lo suplico, aquí no.

Lo sujetó de las muñecas por encima de la tela de la saya e intentó apartarlo, pero él consiguió zafarse fácilmente con un rápido movimiento.

—Entonces ¿dónde? Elayne... ¡me estáis matando! Santo Dios, vuestra piel es tan cálida.

Sus manos exploraron libremente bajo la camisola, de la cadera a la espalda y de la espalda de nuevo a los pechos. Los apretó con fuerza y Elayne gimió, emocionada y horrorizada, todo al mismo tiempo, ante una exploración tan descarada.

Raymond era cortesano y sabía cómo tratar a las damas de la más alta alcurnia, mientras que Elayne lo único que conocía era el salón de un castillo menor como el de Savernake. Jamás había tenido un solo pretendiente, y mucho menos un caballero con tanto mundo como Raymond. Desde que se conocían, él se había comportado como un admirador gentil y galante que se contentaba con besarle la mano e inventar deliciosos nombres con los que apodarla.

El conjuro de amor parecía haber despertado a otro hombre completamente diferente, que ya no se molestaba ni en ser gentil. Con la boca sobre la suya, la obligó a inclinar la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la pared y luego introdujo una rodilla entre sus piernas. Elayne forcejeó y consiguió librarse propinándole un buen empujón, pero él la sujetó por la camisola. Ella se liberó por segunda vez, pero al hacerlo sintió cómo se rompía el fino hilo que sujetaba el pequeño amuleto alrededor de su cuello.

—¡Raymond! —exclamó mientras se recolocaba la falda e intentaba recobrar el aliento.

Él retrocedió, las mejillas encendidas como ascuas.

—Entonces no me deseáis —protestó respirando también él con dificultad.

—¡Claro que os deseo! —replicó Elayne cubriéndose el cuerpo con sus propios brazos—. Pero no de esta manera.

—Os suplico que me perdonéis, milady. —Raymond se irguió—. No era mi intención ofenderos.

—Y no lo habéis hecho, pero... —Elayne parpadeó en la penumbra de la estancia y su voz se apagó.

Nunca debería haberse reunido allí con él. Sin quererlo, le había insinuado una invitación que en realidad no pretendía extenderle.

—¿Es por el matrimonio? —Raymond se arrodilló para recoger los guantes del suelo y una rata huyó despavorida hacia la esquina más alejada de la estancia—. Un matrimonio a juras, eso es lo que pretendía hacer. ¿Acaso dudáis de mí?

Por supuesto que dudaba. Raymond había llegado, ataviado con sus hermosas ropas de cortesano, con el encargo de comprar caballos para su señor, lord John Lancaster, y ya llevaba varias semanas allí, en el remoto castillo de Savernake, donde cualquier posibilidad de entretenimiento parecía imposible. Cada vez que le hablaba de matrimonio, a Elayne le parecía que bromeaba. Nunca trataba el tema con seriedad y tampoco se habían producido negociaciones abiertas entre sus respectivas familias, a pesar de que Cara se había tomado la molestia de investigarle a conciencia. El resultado de las pesquisas no había bastado para impresionar a su hermana. Raymond había recibido una buena educación y estaba ampliamente conectado, a pesar de ser el benjamín de su familia y no poseer tierra ni herencia alguna; Elayne, por su parte, poseía una buena dote y la promesa de lady Melanthe de obsequiarle una propiedad cuando contrajera matrimonio. Cara estaba convencida de que podía encontrar algo mejor, pero a Elayne no le importaba la opinión de su hermana. Sabía, desde el mismo día en que Raymond le había sonreído por primera vez, que aquel era el hombre de su vida.

—No dudo de vos —dijo—. Os amo.

La dureza desapareció del rostro de Raymond.

—Gatita, ¡conseguiréis que me distraiga! —Le sonrió—. Perdonadme. No debería haberos tratado con tanta brutalidad. No sé qué me ha hecho perder la cabeza de esta manera.

Elayne intentó no desviar la mirada hacia la pluma negra y la pequeña figura de cera que se habían precipitado al suelo y que ahora colgaban, inadvertidas, de los guantes que Raymond acababa de recoger.

—No importa —dijo alegremente, rezando para que el amuleto cayera de nuevo al suelo y pasara desapercibido en la penumbra del molino—. Me habéis sorprendido. Nunca había... No debería haber... Cara se pondría furiosa si supiera que me he reunido aquí con vos.

—Cierto —asintió Raymond—. No ha sido muy inteligente por vuestra parte. Otro hombre no os habría dejado marchar tan fácilmente.

Elayne respondió con una gentileza:

—¡Sois la amabilidad personificada, sir caballero!